LIBRO DE HECHOS

Lección 26, Capítulo 11

Antes de comenzar Hechos 11, quiero hacer una pausa para resumir los puntos principales de nuestro estudio hasta ahora, para que no nos abrumen tantos datos y términos nuevos y no perdamos el rumbo. Pero antes de hacerlo, siento que es necesario hablarles desde el corazón por unos momentos. Hemos pasado 25 semanas, unos 6 meses, simplemente para atravesar los primeros 10 de los 28 capítulos del Libro de Hechos. Y probablemente he dedicado más tiempo que con cualquier otro libro que haya enseñado a la historia bíblica, a la historia del pueblo judío y a profundizar en su cultura, costumbres y mentalidad, tratando luego de conectarlo todo. La mayoría de los que me escuchan son gentiles; y por lo tanto tienen poca idea de cómo son los judíos modernos, y mucho menos de cómo eran los antiguos judíos de la Biblia, y quizá también estén pensando: ¿por qué deberían siquiera preocuparse por saberlo? ¿Cómo nos ayuda esto a entender la Palabra de Dios y aplicarla a nuestras vidas? Les advertí de este enfoque al comienzo de nuestro estudio porque, aparte de enseñar el Libro de Hechos de esta manera, no sé de qué otra forma extraer el significado que se pretendía transmitir.

Por lo tanto, la razón de mi enfoque amplio y detallado al enseñarles sobre estos asuntos es que Hechos es el puente estructural que conecta dos eras: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Es el vínculo que une la Ley de Moisés con la llegada del Mesías. Sin embargo, lo más importante para nuestra correcta comprensión es que Hechos es un puente 100% judío. Es un puente construido enteramente sobre la base sólida de la sociedad judía, el acero de los procesos de pensamiento judíos, los remaches que conectaban la religión judía de esa época y el trabajo de las tradiciones históricas que se habían desarrollado y nutrido durante siglos y que impulsaban el comportamiento y las decisiones judías. Todos los escritores del Antiguo Testamento eran judíos (o, más correctamente, hebreos), y todos los escritores del Nuevo Testamento eran judíos excepto Lucas, el temeroso de Dios, quien parece haber permanecido como un gentil creyente en Cristo, pero que se unió a los discípulos y apóstoles judíos de Cristo, llegando incluso a convertirse en compañero

de viaje de Pablo; y lo único que quizá le faltaba para convertirse al judaísmo era la circuncisión.

A menudo me han preguntado qué hizo que mi esposa y yo nos alejáramos de las instituciones cristianas tradicionales y comenzáramos este ministerio de enseñanza bíblica desde una perspectiva de Raíces Hebreas. Una manera de enseñar que desafía cosas que todos hemos creído en algún momento u otro. Un amigo mío, el Dr. Robert McGee, me dijo una vez que a veces necesitamos detenernos y examinar seriamente por qué creemos lo que creemos. Desde hace mucho tiempo he dicho a amigos cercanos que, en mi opinión, la mayoría de las instituciones cristianas han dejado de guiar a sus rebaños en una búsqueda de la verdad y, en cambio, han alentado a sus miembros a mantener y defender su statu quo doctrinal particular. Es decir, dependiendo de cuánto tiempo haya existido una determinada denominación, en algún momento de sus comienzos, un grupo de líderes decidió qué era la verdad y qué creían, enumeró esas creencias y las llamó doctrinas, y se dispuso a enseñar estas doctrinas como inmutables. Salvo en los casos más excepcionales, estas doctrinas no pueden ser cuestionadas; más bien, deben aceptarse sin cuestionarlas y seguirse perpetuamente, o normalmente se pide al disidente que se vaya a otra parte.

La búsqueda de la verdad terminó el día en que establecieron sus doctrinas porque, desde su perspectiva, toda la verdad que existía ya había sido encontrada.

Quizás el principal problema que tengo con esa mentalidad es que no permite que se desarrollen los misterios de la profecía bíblica, ni permite que continúe la revelación progresiva y los inevitables giros y cambios que trae consigo. Por lo tanto, la nueva información y las nuevas circunstancias a menudo se ocultan o se ignoran deliberadamente porque pueden contradecir doctrinas arraigadas desde hace mucho tiempo. El inesperado regreso de Israel como nación judía en 1948 es un ejemplo de ello.

Hoy en día, la Biblia normalmente no se enseña versículo por versículo ni de manera cronológica, ni se enseña en su contexto histórico. Por una razón: en esta era de vidas agitadas y períodos de atención breves, la

audiencia de las congregaciones normalmente no tiene paciencia para ello (por eso los felicito por seguir aquí). Más bien, la Biblia se enseña de acuerdo con lo que los eruditos llaman apologética. La apologética consiste en argumentos o justificaciones razonadas de algo; normalmente, se trata de una justificación de ciertas doctrinas religiosas establecidas. Por lo tanto, si un pasaje bíblico parece decir algo diferente de lo que exige la doctrina denominacional, entonces el pasaje bíblico es declarado irrelevante para nuestros tiempos, o se alegoriza de una manera bien elaborada para hacer que se conforme a la doctrina inmutable. Así que, una vez más, durante muchos siglos, el asunto ha tenido menos que ver con buscar la verdad de Dios o abrazar una nueva revelación con una mente abierta y un alma sedienta, y más con defender creencias y tradiciones apreciadas y familiares que están firmemente encerradas tras la puerta de credos y doctrinas denominacionales. Si los primeros discípulos de Yeshua hubieran pensado y actuado de esa manera, en lugar de estar abiertos a la nueva revelación de Su venida y todo lo que implicaba, la fe que tanto apreciamos y de la que dependemos habría nacido muerta.

Más bien, quiero estar personalmente preparado y ayudarles a estar preparados para lo que venga después en el plan redentor de Dios para la humanidad (y mucho ha sido prometido y aún está por venir). No quiero perdérmelo, y no quiero que ustedes se lo pierdan, debido a mentes cerradas y doctrinas rígidas hechas por el hombre. Por eso, aquí en Seed of Abraham Torah Class, estamos haciendo todo lo posible (admitidamente, de manera imperfecta) para intentar abrir, aunque sea un poco, lo que en muchos casos ha sido una puerta cerrada y vigilada. Y la llave de esta puerta es comprender a estas personas de la antigüedad bíblica, su época y mentalidad, la intención de sus palabras y el contexto y las circunstancias en las que las pronunciaron, tal como se encuentran en las Sagradas Escrituras. Me doy cuenta de que esto a menudo les resulta incómodo porque es mucho más fácil conformarse con algunos asuntos básicos y nunca tener que abordarlos nuevamente. La mayoría de las personas vienen a la Iglesia para tener una convivencia informal con otros creyentes de ideas afines y para sentirse emocionalmente animadas; para sentirse mejor al salir que cuando llegaron. Quieren que se confirme lo que siempre han creído. Sin embargo, así como madurar de niño a adulto nos obliga (esperemos) a reconsiderar cosas de la vida

que alguna vez parecían sencillas y fáciles de entender cuando éramos niños, pero que implican múltiples matices de gris y principios en conflicto cuando llegamos a la edad adulta, así también, al aprender de Cristo y de Su amor sacrificial que lo llevó a la cruz, si nos esforzamos por madurar en Él, necesariamente descubriremos que ciertos principios y patrones de Dios no son tan sencillos ni tan fáciles de aplicar a nuestras vidas como pensamos al principio.

Y a veces, para nuestra mayor incomodidad, también descubriremos que ciertas doctrinas se formaron originalmente debido a intereses humanos del pasado que hoy no son tan evidentes para la congregación y que, una vez descubiertos, pueden ser perturbadores. Sin embargo, nuestro objetivo al aprender la Palabra de Dios, y al responder siendo obedientes a ella, no debe centrarse en buscar comodidad; debe centrarse en buscar la verdad.

Y puedo decirles por experiencia que la verdad no siempre es cómoda. La Palabra de Dios es tan amplia y tan profunda que ningún hombre, ningún maestro, ningún Pastor, ningún Rabino tiene el monopolio de la verdad, ni conoce toda la verdad, porque Dios revela cada vez más de la verdad en Su debido tiempo; y por eso nuestra búsqueda debe ser continua. Sin embargo, hay cosas que podemos comprobar razonablemente, y podemos llegar a conclusiones y saber con certeza si nos esforzamos en ello, y a veces esto nos lleva a cosas que habíamos supuesto que eran verdad, pero una nueva información que se ajusta mejor a la Palabra de Dios exige que ahora las desaprendamos. Eso requiere valor y perseverancia, requiere fe y requiere que nos humillemos ante el Espíritu Santo para no ser tan reacios a descubrir que quizá nos hemos equivocado acerca de algunas cosas importantes relacionadas con nuestra fe, al punto de cerrar nuestros ojos y oídos.

Pero, como ningún otro libro jamás escrito, la Biblia nos dice que si buscamos diligentemente la verdad dentro de sus pasajes inspirados por Dios, tenemos la garantía de encontrarla. También se nos dice que la verdad nos hará libres. ¿Libres de qué? De la esclavitud al pecado que comenzó con una mentira en el Jardín del Edén; no libres para hacer cualquier cosa que nos apetezca. La verdad nos hace libres; la libertad no se obtiene aferrándonos obstinadamente (quizá por miedo) a doctrinas y

costumbres impuestas por los hombres que nos han resultado tan familiares y habituales a lo largo de los años que no hemos tenido que pensar en ellas dos veces. No hemos estado muy motivados a preguntarnos por qué creemos lo que creemos. Eso, sin embargo, es precisamente lo que les estoy pidiendo que hagan.

Así que lo que hemos aprendido hasta ahora en el Libro de Hechos son cosas que, para algunos, pueden resultar inquietantes y, para otros, informativas e iluminadoras. Por ejemplo: que la creencia en Jesucristo surgió de la religión de los judíos, así como Yeshua mismo era judío por herencia, genealogía y cultura. La religión de los judíos desde algún momento posterior al exilio babilónico es lo que hoy llamamos judaísmo, aunque no hay evidencia de que durante los tiempos del Nuevo Testamento, ni antes, se utilizara el término judaísmo para designar a la religión judía.

También descubrimos que la religión de los judíos en los tiempos del Nuevo Testamento se practicaba de manera muy parecida a como se practica el cristianismo en tiempos modernos. Es decir, el judaísmo consistía en varias facciones que compartían algunas creencias fundamentales y comúnmente aceptadas entre sí, pero también muchas otras creencias que estaban en extremos opuestos del espectro (como si la resurrección corporal fuera posible). Además, debido al exilio babilónico unos 600 años antes de los tiempos del Nuevo Testamento, y debido a que la gran mayoría de los judíos exiliados había decidido voluntariamente permanecer en las diversas tierras extranjeras a las que fueron enviados, había una marcada diferencia en la manera en que se practicaba el judaísmo entre los judíos que vivían en la Tierra Santa y los que vivían en la Diáspora (es decir, los judíos que vivían en tierras extranjeras). Los judíos que vivían en la Tierra Santa eran superados en número por los judíos de la Diáspora en una proporción de 20 a 1. Sin embargo, los judíos de la Diáspora en general miraban a Jerusalén en busca de orientación espiritual porque allí se encontraban el Templo, el Sacerdocio y el Sanedrín.

También aprendimos que había otras divisiones entre las facciones del judaísmo, y estas divisiones desempeñan papeles importantes en nuestras historias del Nuevo Testamento y en sus desenlaces. La más

conocida para los cristianos es la división entre los saduceos y los fariseos; los dos partidos sociales, religiosos y políticos judíos predominantes. Pero la causa de esta división no es evidente sin comprender los fundamentos del judaísmo y de la sociedad judía de esa época. Eran los aristocráticos saduceos quienes administraban el Templo, controlaban el Sacerdocio y dirigían el Tribunal Superior judío:

el Sanedrín. Pero eran los fariseos instruidos quienes supervisaban las Sinagogas. Por lo tanto, la Sinagoga y el Templo eran rivales y tenían poco en común. La Sinagoga se parecía mucho a una Iglesia típica, con su edificio, asientos, plataforma para hablar y estructura de autoridad. La Sinagoga era donde los Rabinos y otros enseñaban sus doctrinas e interpretaciones de la Biblia, y la Sinagoga era el centro de la vida religiosa judía diaria. Había un solo Templo, pero había cientos y cientos de Sinagogas. Y generalmente había una Sinagoga dondequiera que surgiera una comunidad judía de tamaño suficiente para sostenerse.

Especialmente para los judíos de la Diáspora que vivían a cientos, y en algunos casos a mil millas o más, de Jerusalén, no era habitual que durante sus vidas fueran a visitar el Templo para una fiesta bíblica o para ofrecer allí sacrificios; simplemente era demasiado costoso, requería demasiado tiempo, era demasiado peligroso y poco práctico. Así que su vínculo con su religión judía era su Sinagoga local. Cuando las personas iban regularmente a adorar y a tener comunión, incluso en Jerusalén, normalmente no iban al Templo sino a su Sinagoga. Por lo tanto, necesariamente debemos entender que para Yeshua y para todos Sus seguidores, así como para todos los judíos comunes, su mundo era el de la Sinagoga, y solamente en ciertas ocasiones ceremoniales se aventuraban al Templo e interactuaban con los sacerdotes.

Los principios doctrinales centrales de la Sinagoga pueden resumirse en una palabra hebrea: **Halakhah**. **Halakhah** era una combinación de la Torah bíblica, las Tradiciones y las costumbres antiguas. Era su manual no solo para su religión, sino también para su comportamiento cotidiano. Todavía no era un manual escrito (eso no llegaría sino hasta un par de siglos después), sino que se enseñaba oralmente y era aplicado por diversas autoridades religiosas judías que no estaban de acuerdo en muchos asuntos importantes; esta es una de las principales razones de

las diversas facciones del judaísmo que se desarrollaron y de las interminables disputas que por lo general solo llegaban a apasionados debates, pero que a veces desembocaban en violencia. Todos los discípulos y seguidores de Yeshua pertenecían a una u otra facción del judaísmo y a una u otra Sinagoga, por lo que no tenían una mentalidad unificada ni siquiera después de llegar a creer. Y vemos esto desarrollarse desde el principio entre los discípulos cuando oímos de creyentes helenistas (hablantes de griego) frente a creyentes hebreos (hablantes de hebreo) que no confiaban unos en otros para distribuir imparcialmente el dinero y los alimentos entre las viudas de su grupo.

A pesar de sus diversos niveles de devoción al judaísmo, para el pueblo judío no había forma de evitar la realidad de que, en los tiempos del Nuevo Testamento, el mundo era un mundo gentil bajo dominio romano; las Tierras Santas estaban en manos de los romanos y los judíos de la Diáspora vivían en una provincia u otra del Imperio romano. Había sido así durante casi 2 siglos cuando ocurrió la ejecución de Cristo. Los judíos de la Diáspora, por necesidad, trataban todos los días con el mundo gentil mayoritario y sus muchas complejidades. Como la proverbial rana en la olla, lenta e imperceptiblemente, los judíos de la Diáspora se encontraron pareciéndose y pensando cada vez más como sus vecinos gentiles. Pero los judíos más piadosos y celosos de la Tierra Santa, que vivían más cerca del mayor símbolo de su herencia, el Templo, y más cerca del centro de poder de la autoridad religiosa judía, Jerusalén, tendían a mantener la mayor distancia posible entre ellos y los gentiles.

Fue en este contexto que surgió una nueva facción del judaísmo, nacida en el mundo de la Sinagoga. Esta facción creía que Yeshua de Nazaret era el Mesías que habían estado esperando. Pero la revelación progresiva demostró visiblemente que Él era un tipo de Mesías diferente del que las costumbres y tradiciones judías arraigadas durante mucho tiempo les habían enseñado a esperar; Él no conduciría a los judíos a una rebelión contra Roma, lo cual era la expectativa n.º 1. Además, Él no era un simple hombre; ciertamente era descendiente del rey David, pero también afirmaba ser Dios. Aún más desconcertante, si no decepcionante, lograría el objetivo de establecer el Reino de Dios, un Reino judío, mediante Su muerte y resurrección; no mediante Su carisma personal y una serie de impresionantes victorias militares que liberarían a Judá. Más aún, este

sería un reino espiritual en lugar de un reino físico típico. La mayoría de los judíos de entonces eran como la mayoría de los cristianos de hoy: sencillamente esto no era lo que sus líderes religiosos de confianza les habían dicho que un Mesías sería y haría, por lo que ni siquiera la realidad palpable de Yeshua y de Sus milagros, que tantos de ellos habían presenciado personalmente, logró convencerlos. Mantener su conocido statu quo doctrinal era lo que importaba, y también era lo que exigía el liderazgo religioso judío; no aceptar la verdad recién revelada.

Así que encontramos que, tras la muerte de Yeshua, un pequeño grupo de 12 discípulos asumió el liderazgo de esta causa, y su facción particular del judaísmo llegó a ser conocida como El Camino. No dejaron de ir a la Sinagoga; no dejaron de ir al Templo. No dejaron de practicar su judaísmo ni dejaron de obedecer la Ley de Moisés. De hecho, en una ocasión particular, el primer Shavuot (Pentecostés) después de la crucifixión de Yeshua, los 12 discípulos (todos galileos) estaban en Jerusalén en obediencia a la Ley y, junto con miles de judíos de la Diáspora que estaban allí con el mismo propósito, vieron y experimentaron algo que los dejó asombrados. El Espíritu Santo descendió visiblemente sobre los seguidores de Yeshua y todos comenzaron a hablar en idiomas extranjeros que no conocían. Pedro y otros discípulos utilizaron este acontecimiento como plataforma para enseñar a otros judíos acerca de Yeshua y lo que significaba la venida del Espíritu, pero fueron arrestados por el Sumo Sacerdote y se les ordenó dejar de hablar acerca de este Yeshua.

No mucho después, un creyente judío de habla griega de Samaria llamado Esteban fue a una de las aproximadamente 400 Sinagogas de Jerusalén para predicarles el Evangelio, y se enfurecieron tanto por lo que dijo que lo llevaron ante el Sanedrín. En un juicio apresurado y amañado, fue declarado culpable y rápidamente apedreado hasta morir. Inmediatamente después de esto, varios judíos de Jerusalén se dispusieron a destruir esta nueva facción radical del judaísmo, y los creyentes aterrorizados huyeron de Jerusalén hacia partes más seguras de la Tierra Santa y hacia países cercanos.

En respuesta, el Sanedrín envió a Pablo, un fariseo estricto, tras un grupo particular de creyentes que había huido a un lugar seguro en Damasco,

Siria. En el camino para arrestar a estos simpatizantes de Jesús, Cristo se manifestó a Pablo en forma espiritual, desde el Cielo, y Pablo, aunque quedó ciego, se convirtió en el creyente más reciente. El mismo celo que tenía para reunir y castigar a los creyentes lo utilizaría ahora para difundir el mensaje del Evangelio.

De vuelta en la Tierra Santa, Pedro y Santiago, hermano de Yeshua, eran los líderes indiscutibles de El Camino. Pedro recorría la región, haciendo nuevos discípulos entre los judíos de la Tierra Santa y preocupándose por el bienestar de algunos de los creyentes dispersos, cuando tuvo una visión que cambiaría para siempre otro error fundamental de su teología judía basada en la **Halakhah**. Pero antes de que tuviera su visión, un oficial del ejército romano gentil llamado Cornelio recibió la visita de un ángel que le dijo que fuera a buscar a Pedro porque había algo que Pedro necesitaba decirle. La visión de Pedro ocurrió poco después. La visión era una parábola; consistía en una sábana que descendía del Cielo con toda clase de animales dentro, algunos (si no todos) de los cuales estaban prohibidos como alimento para los judíos según la Ley de Moisés. Dios le dijo a Pedro que matara y comiera. Esta visión confundió mucho a Pedro, no solo por la instrucción, sino porque las palabras utilizadas no se referían a alimentos; se referían a personas y objetos.

Cuando los hombres llegaron para escoltar a Pedro a visitar a Cornelio, Pedro de repente comprendió lo que esta visión/parábola le estaba diciendo; primero, no tenía nada que ver con alimentos. Más bien, significaba que Pedro (y todos los judíos) debían dejar de considerar impuros a los gentiles. ¿Por qué? ¿Había limpiado Dios recientemente a los gentiles y los había hecho limpios? No. Dios había creado limpios a los gentiles (como hace con todas las cosas). De hecho, los gentiles representaban un estado espiritual que la Torah llama común. Común era un estado perfectamente aceptable, y no era malo ni incorrecto y ciertamente no era impuro. Fue el judaísmo el que desarrolló tradiciones que declaraban que los gentiles eran impuros y, por lo tanto, los judíos no podían tener nada que ver con ellos o correrían el riesgo de quedar ritualmente contaminados. Así que, puesto que Dios había confiado a los judíos las Buenas Nuevas, esta teología defectuosa acerca de los gentiles tendría que corregirse para que los judíos creyentes fueran a los gentiles y los gentiles también pudieran ser salvos.

Mientras Pedro hablaba con Cornelio y su familia, en un segundo acontecimiento de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre estos gentiles, indicando que habían creído el mensaje del Evangelio y que Dios los había aceptado. Esto dejó atónitos a Pedro y a otros 6 creyentes judíos que habían venido con él. Nunca imaginaron que fuera posible que los gentiles aceptaran al Mesías judío y que Dios también los aceptara sin que primero se convirtieran en judíos. Pero ahora que habían aceptado a Cristo y que la **Ruach HaKodesh** había descendido sobre ellos, ¿debían ser circuncidados y convertirse así en judíos oficialmente? Varios creyentes judíos pensaban que sí, y nuestras Biblias normalmente los llaman la facción de la circuncisión. Esto seguiría siendo un asunto polémico dentro de El Camino, y parece que Pedro tenía al respecto una postura tan ambivalente como Pablo era abierto en su oposición.

Esto resume bastante bien el camino que hemos recorrido hasta ahora en el Libro de Hechos. Con eso, abran sus Biblias en Hechos capítulo 11 y continuemos nuestro viaje.

LEER HECHOS CAPÍTULO 11 completo

Este capítulo comienza inmediatamente después de los acontecimientos relacionados con Cornelio, el gentil temeroso de Dios y nuevo creyente, y su familia. El tono de este pasaje es que los creyentes judíos realmente no sabían cómo manejar esta revelación acerca del Espíritu Santo descendiendo sobre los gentiles. Y la facción de la circuncisión entre los creyentes sentía que, aunque la salvación en Cristo había llegado sin ninguna duda a los gentiles (como lo demostraba la manifestación visible de la venida del Espíritu Santo sobre Cornelio), el siguiente paso lógico era convertirse en judío; y eso se lograba mediante la circuncisión. De hecho, la creencia era que, aunque uno podía ser salvo como gentil, no podía continuar siendo gentil.

No es sorprendente que fuera en Jerusalén donde Pedro encontrara esta oposición, ya que Jerusalén era el centro de la comunidad original de creyentes y todavía era donde operaba el liderazgo de El Camino. Pero, igualmente importante, era donde el judaísmo se practicaba en sus formas más fundamentalistas, y por eso no se aceptaba la idea de que

los gentiles tuvieran algo que ver con el Dios de Israel. Pedro quizá había entendido de parte de Dios que la **Halakhah** judía estándar que decía que los gentiles eran naturalmente impuros estaba equivocada, pero eso no es algo que otros creyentes judíos puedan descartar fácilmente simplemente porque una persona lo diga. Las Tradiciones antiguas y las maneras de pensar son mucho más difíciles de abandonar que eso.

Noten la queja del versículo 3 dirigida a Pedro: "Entraste en las casas de hombres incircuncisos y comiste con ellos". Esta no es una acusación de que Pedro se relacionara esencialmente con el enemigo. Más bien, se trata de un asunto de pureza ritual y, por lo tanto, el líder del movimiento mesiánico (Pedro) se había sometido voluntariamente a quedar contaminado y consideraba que eso estaba bien. Esto no fue bien recibido por los creyentes judíos de Jerusalén; después de todo, ¿no debería su líder ser el más piadoso y cuidadoso de todos ellos (como ejemplo para los demás)? Y tengan presente en todas nuestras lecciones a lo largo de Hechos (y en cualquier parte que lean del Nuevo Testamento) que el término "los incircuncisos" es simplemente un término coloquial judío que significa gentil. Así que vemos que el asunto de la circuncisión está directamente relacionado con la pureza ritual.

¿Qué tiene que ver con este asunto el hecho de que un gentil varón sea circuncidado? Se debe a que se supone que la única razón para la circuncisión es renunciar a su identidad gentil y convertirse en judío. Una vez que alguien es judío, entonces esa persona (hombre o mujer) puede entrar en una Mikveh y ser limpiada ritualmente de toda su impureza gentil (algo que no podía hacer antes de la circuncisión). Naturalmente, como judío, también seguiría la **Halakhah** judía en lo que respecta a las disposiciones de pureza. En resumen: sea temeroso de Dios o no; sea creyente en Cristo o no; el asunto de la pureza ritual que rodea a los gentiles permanece sin cambios a los ojos de la facción de la circuncisión.

Y, de hecho, cuando lleguemos a Hechos capítulo 15 y al famoso Concilio de Jerusalén, mediante el cual se implementarían ciertas reglas para el creciente número de creyentes gentiles, todo se trataba de cuestiones de pureza porque estos nuevos creyentes gentiles esperaban adorar con los creyentes judíos, comer con ellos y tener comunión abierta con ellos. Así que la pregunta era cómo podía el liderazgo de El Camino asegurar a sus

hermanos judíos que no quedarían contaminados por estar cerca de estos creyentes gentiles.

A partir del versículo 4, la defensa de Pedro por haber entrado en la casa de un gentil y haber comido con él consiste en contar la historia de la visión/parábola que tuvo cuando estaba en Yafo, en la casa de Shimon el curtidor. Y así la cuenta casi palabra por palabra como la leímos en el capítulo 10. Y cuando en el versículo 8 Pedro llega a la parte en la que le dice "no" a Dios, que no comerá cosas como las que estaban en la sábana que descendió del Cielo, es para dejar claro a los oyentes de Kefa (que eran principalmente la facción de la circuncisión) que él es tan estrictamente observante de la Torah como ellos. Así que él quedó tan horrorizado al escuchar esta instrucción de Dios como la facción de la circuncisión quedó desconcertada al oír a Pedro contarles sobre ella. Necesito comentar aquí, como lo hice en el capítulo 10, que Hechos 11:9 está mal traducido en la CJB. Donde dice: "Dejen de considerar impuro lo que Dios ha hecho limpio", está mal traducido. Lo que realmente dice es: "Dejen de tratar como **koinos** lo que Dios ha hecho **kathartos**". "Dejen de tratar como común lo que Dios ha hecho limpio".

No voy a volver a repasar nuestras últimas 3 semanas de estudio, durante las cuales hablamos extensamente sobre el estado espiritual llamado común; dejaré que ustedes mismos lo revisen. Pero lo que sí quiero añadir es esto: puedo decirles ahora mismo que muchos de ustedes están leyendo esta declaración como si Dios (por medio de Pedro) estuviera diciendo que recientemente había limpiado a los gentiles cuando dice que Él los "había hecho limpios". Y estarían equivocados.

Y la razón por la que automáticamente lo perciben de esa manera es porque todavía lo ven a través del lente que prevalece en el cristianismo, que dice: a) los gentiles eran impuros y, por lo tanto, Dios tuvo que limpiarlos, y b) porque todavía quieren relacionar esto con las leyes alimentarias kosher, que la mayoría de los líderes cristianos dicen que era de lo que trataba la visión de Pedro (no lo era), y c) porque se enseña que las leyes alimentarias levíticas fueron abolidas para los creyentes (pero eso decididamente no es así). Más bien, cuando Dios dice que hizo limpios a los gentiles, quiere decir que ciertamente los creó (los hizo) como criaturas limpias. Fue solamente el judaísmo, no Dios, quien en

algún momento declaró que los gentiles eran criaturas impuras por naturaleza y de manera universal. Así que Dios estaba reprendiendo a Pedro; no informándole de ningún cambio. Dios estaba diciendo: "Pedro, Yo hice limpios a los gentiles, así que no digas lo contrario ni los trates de esa manera". Además, si un gentil (que naturalmente lleva el estado espiritual "común") acepta a Cristo, él o ella es elevado al mismo estado "santo" que los judíos llevan naturalmente. Así que Pedro debería dejar de pensar que los gentiles creyentes están destinados para siempre a permanecer en su estado espiritual "común"; ya no son comunes; ahora son santos como resultado de su fe en Yeshua. Y no es mediante una circuncisión física y, por lo tanto, convirtiéndose en judío, que se eleva a un estado santo; es Dios mismo quien declara su elevación a santo… nada más.

El versículo 15 es una declaración reveladora. Allí Pedro relata a sus oyentes que el Espíritu Santo cayó sobre estos gentiles "así como cayó sobre nosotros al principio". Es decir, fue otro acontecimiento de Pentecostés. Cristo les dijo a los creyentes judíos que esperaran algo asombroso que iba a suceder antes de comenzar su ministerio; y Pedro se da cuenta de que ese acontecimiento asombroso fue Pentecostés. Fue el disparo de salida al comienzo de una carrera para los creyentes judíos. Pero en Cesarea Marítima se había dado esa misma señal de salida, señalando el comienzo de la inclusión de los gentiles. Siempre había sido el lema: primero a los judíos, luego a los griegos. Parece que la ventaja inicial de los judíos había terminado. Poco sabían que pronto los judíos se encontrarían en minoría dentro del cristianismo.

La declaración más importante sobre la defensa de Pedro ante la facción de la circuncisión por relacionarse con los gentiles está en el versículo 17:

CJB Hechos 11:17 Por lo tanto, si Dios les dio el mismo don que nos dio a nosotros después de que llegamos a poner nuestra confianza en el Señor Yeshua el Mesías, ¿quién era yo para interponerme en el camino de Dios?

Pedro básicamente dice: no es culpa mía. Pedro no cuestiona quién considera Dios digno de salvación. Pedro no elige a quién se concede el Espíritu Santo; el Señor lo hace. Esto también recuerda un poco la sabia

declaración de Gamaliel a sus compañeros miembros del Sanedrín acerca de lo que debían hacer con Pedro y con esta creciente facción del judaísmo que ellos no habían iniciado ni autorizado. Un grupo que seguía y adoraba a un carpintero fallecido de Nazaret.

En Hechos capítulo 5, leemos esto:

Hechos 5:38-39 CJB

38 Así que, en el caso que nos ocupa, mi consejo para ustedes es que no interfieran con estas personas, sino que las dejen en paz. Porque si esta idea o este movimiento tiene un origen humano, fracasará.

39 Pero si es de Dios, ustedes no podrán detenerlos; ¡incluso podrían encontrarse luchando contra Dios!". Ellos siguieron su consejo.

Cuando la facción de la circuncisión escuchó esas sabias palabras de Pedro, que por supuesto eran verdaderas, cedieron. ¿Cómo podemos llamarnos seguidores de Dios y luego cuestionar a quién Dios elige como Suyo? En cambio, comenzaron a alabar a Dios, y una realidad estremecedora se apoderó de ellos. En el versículo 18 leemos:

Hechos 11:18 CJB "¡Esto significa que Dios también ha permitido que los Goyim hagan t'shuvah y tengan vida!"

Es decir: "¡Esto significa que Dios también ha permitido que los gentiles hagan t'shuvah y tengan vida!"

Terminaremos el capítulo 11 la próxima semana.